

## CUÉNTEME MADRE (1540-1560)

Un rayo de luz penetra en la intimidad de mi cama, atravesando sin ningún recato ni pudor las cortinas de mi dosel. Sin duda imita a todos los que me han rodeado durante estos años. ¡Qué vida tan vacía la de aquellos que han de ocuparse de los asuntos ajenos inmiscuyéndose en la de otros! ¡Rompen su privacidad con el único fin de llenar levemente la suya, carente de interés!

Todos ellos nunca supieron el inmenso gozo que me producía que se hablase de mí, pues siempre me gustó llamar la atención. Mas lo que ahora en realidad me aflige es que los sentimientos y vivencias me abordaron a tal velocidad, que la disposición para percibirlos plenamente me faltó.

Postrada en la cama, me siento envejecida por mi larguísimo enclaustramiento.

Alguien se acerca por el pasillo y llama a la puerta; sin esperar respuesta entra Ana y se sienta a los pies de mi cama.

Esta hija mía es el vivo reflejo de mi juventud. Su tez blanca resalta sus negros cabellos, y su curiosidad nunca deja de asombrarme.

Cabizbaja y zalamera, me ruega:

—Por el amor de Dios, madre, debéis comprender que me gustaría saber todo de vos para poder rezar por vuestra alma.

Vine al mundo un día de aquel verano llamado del fuego, porque los bosques agostados ardían solos. ¡Diabólico tributo a la descendiente directa de un cardenal! «¡Grande hasta en sus pecados!», como diría en su momento la Católica Isabel.

Quizá por esta causa mi madre sufrió mucho en el trance, y a punto estuve yo de morir. Pero me encomendaron a Nuestra Señora del Puig y enseguida aquélla sin peligro estaba, y mi padre también muy alegre aunque yo fuese niña, pensando que a Nuestro Señor le placería darle después hijos varones, muchos y buenos. Sin embargo, mi madre nunca volvería a parir.

Durante mis primeros meses de vida se rezaba diariamente el rosario para que sobreviviera, pues yo era muy menuda y de escasa salud. De ahí mi temor, desde que fui mujer, a heredar esta desgraciada condición: la infertilidad.

Dicen que siempre fui pequeña de cuerpo pero bien proporcionada, además de una niña impaciente y muy consentida, a pesar de los esfuerzos de mi aya por educarme severamente: demasiados intereses y miradas se dirigían hacia mí, yo lo sabía, y mi madre siempre aceptaba mis peticiones. No recuerdo un solo castigo impuesto por ella, pero sí su empeño porque bordara, paseara y rezara, tareas que eran para ella su único pasatiempo.

Físicamente, ya desde niña dijeron que yo era más Mendoza que de la Cerda, de lo cual me siento halagada, pues la belleza de mis antecesores mendocinos es bien conocida, y esta herencia es fuerte, ya que vos, hija, os parecéis más a mí que a vuestro padre. Sobre todo en el pelo, que aunque ya cano, lo recuerdo exacto al vuestro. De niña me encantaba que me lo cepillasen durante horas antes de recogerlo. Aquel masaje que el peine producía en mis sienes conseguía calmar y

sosegar mis ajetreados ánimos; y gracias a este quehacer diario lograban que estuviera por lo menos un rato quieta y relajada

Mi padre, como buen Mendoza, sospechó ya cuando cumplí los ocho años que su descendencia no sería más larga. Decidió entonces hacer conmigo lo que habría hecho con un hijo varón: así fue como yo le acompañaba a cacerías. Aunque iba en litera hasta el campo, allí montábamos y cabalgábamos durante horas en busca de una presa. Yo montaba a lo amazona, pero llegué a aprender a lo jineta y a manejar la brida como los grandes hombres de a caballo.

Recuerdo mi primer potro, al que llamé *Hermano*, supongo que a falta de uno de verdad con quien compartir mi existencia. Un año después supe tirar con ballesta, aunque pequeña. Pero nada era parecido a la cetrería, la caza con halcones me apasionaba de tal modo que las horas con aquellas aves se me hacían minutos.

Mis incesantes esfuerzos por igualarme a los hombres tanto en el pensamiento como en las actuaciones tenían un único fin: menguar el dolor de mi padre por no tener aquella descendencia masculina tan deseada. Por aquellos tiempos sólo pensaba en contentarle.

Un día salí de caza, acompañada únicamente de dos monteros. Al regresar mi felicidad era inmensa pues llevaba colgadas de mi cincha tres liebres. ¡Mis primeras tres presas conseguidas sin ayuda!

Cuando ya divisábamos la casa, recuerdo el latir acelerado de mi corazón, mi señor padre por fin se sentiría orgulloso de mí.

Al entrar en la sala en la que se encontraba, se levantó de inmediato, frunció el ceño y me miró altivo. ¿Por qué aquel hombre por el cual respiraba se obcecaba en transformar mis alegrías en decepciones en un solo segundo?

No pude articular palabra.

–Veo que ya no sabéis bien qué hacer para convertirnos en lo que no sois y nunca seréis –me dijo él en cambio.

Salí sollozando. ¿Acaso no percibía que todo lo que hacía era por él?

No disfrutaba de igual modo con las lecturas y lecciones de mi maestro de letras, siempre hablándome en latín, que yo procuraba escribir y leer a la perfección. No me gustaban las horas de estudio, pero era obligación que debía cumplirse si después quería dedicar mi tiempo a otros menesteres.

Así fue que los quehaceres de los hombres me satisfacían más que los de las hembras. Mas en el vestir era sumamente presumida y disfrutaba con los trajes nuevos que me hacían las costureras de casa. Para la Primera Comuni3n me dejaron vestir de colores y traer cosas de oro y seda. La tela de mi saya era de un brocado de raso y oro, venida de Flandes, con mangas anchas, forradas de terciopelo amarillo de dos pelos con su gorrete. Su textura y color me entusiasmaron. Tambi3n me obsequiaron mis padres con un collar de gruesas perlas del que pendía una cruz guarnecida de diamantes y esmeraldas.

Sin embargo mi 3nica preocupaci3n era demostrar a mi padre mis dotes masculinas.

Un día que parecía estar de mejores humores le reté a tirar de esgrima conmigo. Mi sorpresa fue gratísima cuando accedió. Aquella misma tarde le demostraría mi facilidad para manejar el florete.

Pero mi impaciencia comenz3 apenas terminé de engullir el desayuno. Tenía que practicar, mas mi maestro de armas no llegaría ¡hasta pasado el mediodía! Era demasiado tiempo para esperarlo cruzada de brazos.

Fue así como pensé en un sustituto contra quien tirar. ¡Y quién mejor que aquel paje que, aunque pequeño, era muy hábil! No sería capaz de negarme la colaboración que necesitaba.

Mientras le esperaba observaba una vitrina cargada de espadas, rodela, montantes y floretes; parecían desear ser empuñados por mi diestra mano y colaborar en mi singular destreza.

Abrí la puerta de aquel inmenso mueble, y después de dudar unos instantes, me decidí por el florete. Nada más empuñarlo entró el paje, exhausto y corriendo.

No me enfadé, ¿para qué? El pobre venía con la cara desencajada, si le gritaba tardaríamos más aún en comenzar. Tomé un segundo florete y lo lancé hacia él diciendo:

–¡En guardia!

En ese mismo instante sentí como si algo tirase de mi cuerpo hacia delante y tropecé. El destino y mi euforia quisieron que me pisara el sayo y mi cabeza fuese justo a parar al florete del paje.

Aunque éste quiso apartarlo, un vil diablillo dirigiendo su mano ensartó mi ojo en la punta de su arma.

Perdí mucha sangre y los médicos llegaron a temer por mi vida, pero gracias a mi patrona santa Ana, a mi fortaleza habitual y a mis fuertes deseos de no abandonar esta vida, pronto recuperé la salud.

No sucedería lo mismo con mi ojo.

Sucumbí a una profunda tristeza. Al mirarme en el espejo, recordaba aquellos halagos sobre mi belleza que en tantas ocasiones había escuchado; sin embargo mi madre consiguió sacarme de semejante pesar hábilmente. Fue la primera persona que con cariño me llamó *tuerta*, y quizá por ello toleré este apodo toda mi vida y pude llevar el parche sin vergüenza. Muy pronto, en concordancia con mi carácter, convertí mi defecto –para unos lo era– en una virtud, pues me percaté de que allí donde me hallase era el centro de atención.

La verdad es que la cicatriz apenas se vislumbraba. Desapareció pronto, y esto me permitió usar de un parche que luego se convertiría en el notable aderezo de mi indumentaria, logrando fomentar mi presunción. Lo combinaba con el tono de mis vestidos como si de una joya más se tratase, e incluso años después, viviendo en Madrid e inmersa en la corte, me valía de perlas, o de mi propio pelo



trenzado, para asirlo a mi cabeza, idea que chocó en un principio a las damas, que al fin hubieron de reconocer una vez más mi originalidad, mi cualidad predilecta.

Curioso me parece ahora que esa cicatriz no me agobiara cuando pensaba en el matrimonio. Pero mi señora madre bien me había enseñado desde mi más tierna infancia que el desposorio era una obligación semejante a la de estudiar latín, así como una manera más de engrandecer a la familia. Poco importaba una herida cuando una oportunidad se mostraba.

La prueba de ello se vio un día en que mi padre me leyó una carta enviada por el príncipe Felipe.

*De los mayores cuidados que tengo para más acrecentar y sublimar a don Ruy Gómez de Silva, es el procurar casarlo lo más altamente posible; con esto, además de honrarlo, le doy parientes y defensores que lo amparen en Castilla. Siendo vos perteneciente a una de las mejores casas de España, y teniendo por hija a doña Ana, es mi deseo que accedáis a darla en matrimonio a mi fiel servidor.*

Así fue como mis padres comprometieron gustosos mi mano. Al año siguiente viajarían

a Madrid para que el príncipe firmara los asientos, capitulaciones de mi casamiento, y el término de dos años para mi velación ante nuestra Santa Madre Iglesia; pues bien sabéis que la velación es la parte fundamental del sacramento matrimonial, y yo todavía no estaba capacitada para cumplirlo.

Aquello me alegró enormemente, pues significaba que seguiría viviendo en casa con mis padres por dos años más.

Sobre todo después de oír la respuesta de mi padre cuando le pregunté si con la carta había llegado algún retrato.

—No nos envió pintura que lo represente, pero os lo describiré lo mejor que pueda: es un caballero apuesto y distinguido, de mediana estatura y esqueleto sutil, de movimientos graciosos y sobre todo lleno de gentileza, mucho mayor que vos pero sin duda juicioso y capaz de haceros feliz.